

La calle para el miércoles 12 de enero de 2011  
Diario de un espectador  
Una novela mítica  
Miguel ángel granados chapa

Quedamos en que, según la imaginación de Vicente Leñero, un tal Macario llevó a Mónica Lezama, experta en Juan Rulfo la noticia de que *La cordillera*, una mítica novela que habría escrito el clásico jalisciense, sí había sido escrita. Pero que insatisfecho con ella, Rulfo la desestimó.

Ante su ayudante en el Instituto nacional indigenista, que lo había visto en largas veladas sacar en limpio esa esperada obra suya, Rulfo lanzó su propia condena:

“!A la chingada!, dijo...y en lugar de guardar las hojas de su novela en el cajón con llave, como acostumbraba cada noche, ¿sabes qué hizo Mónica?. ¡No te lo imaginas! Se puso a romperlas por la mitad, bonchecito tras bonchecito, y se largó del Indigenista, furioso como a veces se ponía el señor Rulfo, según me contó mi padrecito antes de morir. Él lo conocía bien y sabía de sus arranques. No era ninguna palomita como luego dicen. Pues se largó directo a La Mundial o a cualquiera otra cantina, pero mi padrecito no lo quiso acompañar porque se dio cuenta que el señor Rulfo necesitaba estar solo.

“...mi padrecito, esa noche, en lugar de apagar la luz y de marcharse rápidamente del Indigenista, recogió del basurero las hojas de la novela partidas a la mitad y se las llevó a la casa. Ahí, todo el sábado en la tarde y todo el domingo, como no trabajaba, se puso a restaurar hoja por hoja. Hacía coincidir los dos pedazos de cada papel y por detrás los unía con un diurex...”

Frente al escepticismo de la investigadora, Macario extrajo de su mochila “un fólter manila que contenía un paquete de hojas tamaño carta y lo blandió con un gesto de orgullo ante la incrédula escritora.

---¡*La cordillera* de Juan Rulfo! —anunció como si fuera un presentador de festejos.

Eran hojas escritas en una máquina con tipos de doce puntos, gastados: la *a* minúscula se saltaba de vez en cuando de la línea de apoyo, y la *o* aparecía por momentos rellena del negro de la cinta. Casi en todas las páginas abundaban tachaduras xxxx y correcciones a mano con tinta en ocasiones verde, en otras negra. Efectivamente todas las hojas estaban cortadas y rasgadas en diagonal, pero sus partes habían sido unidas por atrás con cinta transparente. Eran papeles del material de oficina del Instituto nacional indigenista: llevaban impreso el membrete en el extremo superior. El autor les había dado la vuelta para escribir sobre las páginas limpias.

Sumaba el escrito 162 páginas, 33 más de las utilizadas en *Pedro Páramo* —calculó Mónica—según el original entregado por Rulfo al

terminar su beca en el Centro mexicano de escritores en 1954, original que Mónica consulto cuando hizo su tesis de doctorado.

Las 162 páginas, numeradas a la derecha, comenzaban a amarillarse. Al centro se leía, en caracteres de su ¿Olivetti?, ¿Smith Corona?, ¿Remington?, y en letras mayúsculas subrayadas LA CORDILLERA. No se consignaba el nombre de Juan Rulfo. ¿Para qué?, discurrió Mónica. La obra era suya y él no necesitaba autocitarse. Esa ausencia del nombre del autor imprimía al escrito, paradójicamente, un carácter de autenticidad.”

Todavía incrédula, Mónica pidió a Macario tiempo para leer el original. “Préstamelo de aquí al lunes.

-No, no no no, eso no...Yo se que tu eres muy linda, muy honrada, pero no puedo arriesgarme a que le saques copias”. Y la urgió a que la leyera en ese momento: “Alrededor de tres horas tardó Mónica en leer aquel original de *La cordillera*”.